Homilía de ordenación diaconal

Nos reunimos en esta Eucaristía de acción de gracias para celebrar la ordenación diaconal[1] de nuestros hermanos fray José Francisco y fray Héctor de Jesús. Exultamos de alegría y gratitud por el regalo que el Señor concede a nuestra Orden de Agustinos Recoletos, con la ordenación de dos nuevos diáconos que han de ser testigos de la fe y agentes de la misericordia de Dios en medio de nuestro pueblo.

Hoy también es motivo de gran alegría para mí poder celebrar juntos y con espíritu fraterno el aniversario del nacimiento de la Recolección Agustiniana, que surgió de un modo de entender la vida agustiniana que hunde sus raíces en la reforma tridentina y en el ansia de vivir una vida más comprometida y perfecta, uniendo la herencia y carisma de la Orden de San Agustín, y el movimiento recoleto, con sus exigencias ascéticas, místicas y espirituales.

Y lo hacemos al comienzo de este nuevo año litúrgico: Adviento: venida, llegada... Es el anuncio de una presencia que afecta decisivamente a la vida del cristiano: la presencia del Señor que viene. ¡Ven, Señor Jesús! es la oración y el grito esperanzador que repetiremos desde lo más profundo del corazón a lo largo de este tiempo de Adviento.

Y hoy lo pedimos de modo especial para nuestros queridos hermanos José Francisco y Héctor. Preparando las palabras que hoy quería compartir con vosotros, he recordado las que San Pablo escribe a los Colosenses y que pueden estar hoy dirigidas a vosotros y a nosotros, y que son imprescindibles en la configuración con Cristo:

"Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santo y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia… y por encima de todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección".

Porque ¿qué ha soñado Dios sobre nosotros desde siempre? «Que fuéramos santos por el amor» (Ef 1,4). Recordad, en efecto, que la santidad es la vocación a la que el Señor os llamó, y esa es vuestra meta. *"El Señor nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada" (GE 1)*. Así lo entendieron los reformadores de la vida agustiniana: la entrega total e incondicionada a Dios.

El evangelio de hoy nos lo recuerda: *"No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre"* Porque la coherencia entre la fe que profesamos y la vida no admite *"medias tintas"*. *¡Qué importante es el testimonio de vida en el servicio del religioso y del sacerdote! No podemos vivir en la mentira*.

Toda vocación y misión en la iglesia tiene origen en el bautismo. San Agustín decía: *«cristiano viene de Cristo»*. Quería decir que el cristiano recibe de Cristo su misión.

Fray José Francisco y fray Héctor, desde el bautismo el Señor ha ido haciendo grandes cosas en vuestras vidas y las ha preparado para el sacramento

[1] Homilía pronunciada por monseñor Eusebio Hernández Sola, agustino recoleto, obispo de Tarazona, el día 5 de diciembre en la cripta San Nicolás de Tolentino, Parroquia Santa Rita de Madrid, con motivo de la ordenación diaconal de los agustinos recoletos José Francisco Oyanguren Isaís y Héctor de Jesús Molina Olvera.

que vais a recibir esta tarde. El diaconado viene precedido de un largo camino en el que, con la ayuda del Espíritu Santo, se ha ido esculpiendo en vuestros corazones, imprimiéndoos esa identidad que necesitáis para recibir el sacramento del diaconado, que implica servicio a Dios y a los hombres.

San Agustín siempre se presentó como *"el siervo de Dios y el siervo de los siervos de Dios"*. Nuestro padre San Agustín nos invita, pues, a "ser conscientes de que somos simplemente administradores que debemos enriquecer y alimentar a nuestros hermanos con aquello que a su vez hemos recibido de Dios*": "Somos sus ministros, sus siervos; lo que os dispensamos a vosotros no lo sacamos de nuestra cosecha, sino de su despensa"* (Sermón 229E, 4.)

Nunca olvidéis, queridos José Francisco y Héctor, que en la esencia de vuestra vocación está la esencia de la misión de Cristo, que no ha venido a ser servido, sino a servir. Vivid el amor agustiniano plasmado en el servicio y humildad; así nunca os equivocaréis.

Queridos Héctor y José Francisco, os habéis sentido elegidos y amados por Dios, sois hijos predilectos del Padre. Públicamente manifestáis que os sentís ungidos por el Espíritu para anunciar la Buena Noticia, acogiendo el don que habéis recibido.

El Señor os ha escogido, os ha llamado y habéis respondido con amor para servir (diaconía). La diaconía que desde ahora os caracteriza se ha de mostrar en el servicio de la caridad, en el servicio de la palabra, en el servicio de la Eucaristía. Habéis sido elegidos por Dios y por la Iglesia en la Orden para participar en la misión de Cristo. El sacramento os otorga el don y la gracia a la que queréis corresponder con la entrega de vuestras vidas.

Vuestra tarea como diáconos incluye el anuncio de la fe, la proclamación del Evangelio, con vuestra palabra y con vuestra vida. Pero hay más. Es esa fe y ese Evangelio el fundamento de vuestro servicio al altar y de vuestro servicio a los pobres. Solo serviréis al altar y al pueblo dignamente, reconociendo a Cristo en los sacramentos de la Iglesia y especialísimamente en la Eucaristía, y reconociendo a Cristo en los necesitados.

El ministerio de la caridad, el cuidado de la vida, y la transformación del mundo según los valores evangélicos, que se os encomienden, han de ser campo privilegiado para configurar vuestra vida con la de Cristo siervo y servidor. La caridad, por su misma naturaleza, tiene una fuerza transformadora. En este mundo en el que tantas personas están pasando necesidades, en medio de una crisis económica y de valores, en medio de la soledad y de las nuevas pobrezas: violencia de género, familias desahuciadas, ancianos y niños abandonados… la caridad nos hace creíbles como verdaderos testigos de Jesús, como verdaderos diáconos, servidores.

Pero lo más importante no es lo que hacéis sino lo que sois: un signo sacramental de Cristo siervo. Por ello lo primero y más importante es estar con Jesús, es decir, mantener una relación personal e íntima con el Señor en la oración personal y comunitaria, en la escucha de la palabra de Dios y la celebración de los sacramentos.

No olvidéis lo fundamental: la necesidad de detenernos, de vivir a diario los momentos de intimidad con Dios, «desconectándoos» del ruido de cada día, para escuchar, para llegar a la «raíz» que sostiene y alimenta la vida, Jesucristo, para

salir con fuerza a cumplir su mandato de anunciar a todos el Evangelio, para transmitir la caridad.

Recibid este ministerio con espíritu de pobre. No es ningún derecho, ni vuestro ni mío, es un don del Señor que ha ido trazando las líneas de vuestra vocación. Habéis sido llamados a construir el Reino de Dios, a manifestar su bondad y comunicar unos bienes que no son vuestros. Como os diré después: Recibe, cree, enseña y practica: *"Recibe el Evangelio de Cristo, del que has sido hecho mensajero, y cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas"*.

Pero no olvidéis que somos vasijas de barro, pobres vasijas de barro, que llevamos en nuestra voz, en nuestras manos y en nuestro débil corazón humano la riqueza y la fuerza de un don que nos desborda. Temblorosos, pero radiantes; pobres, pero inmensamente ricos; desarmados, pero inquebrantables, llevamos los cristianos por el mundo el tesoro de la Buena Noticia, porque Dios es nuestra fuerza y guía.

Contáis con la fuerza del Espíritu Santo. Esa es vuestra garantía. Y con el testimonio de María que, apenas le anuncia el ángel que iba a ser madre de Dios, sale corriendo a visitar a su prima y se pone a servirle. Es para todos nosotros la mujer creyente, la gran evangelizadora, servidora y portadora de la alegría de Jesús. Por ello es nuestra mejor modelo.

Que en ella, en nuestra Madre, la Virgen de la Consolación, encontréis a la madre en la que pongáis la mirada cuando el cansancio o la oscuridad os amenacen.

A la Virgen encomendamos esta misión que hoy Cristo y la Iglesia os regala.

+ **Eusebio Hernández Sola**, agustino recoleto